

Los peligros del furor revolucionario: discursos eclesiásticos sobre la acción de la mujer en la formación de la moral, Provincia de Tarapacá (1893-1910) ¹

Carolina Figueroa Cerna²

Introducción

Hacia fines del siglo XIX, el espíritu positivista impregno el desarrollo de los modelos económicos, políticos y sociales de los estados republicanos americanos³. Dentro de esta propuesta, la misión de la Iglesia Católica se transformó en una pre-visión adecuada a la lógica de la modernización impulsada desde Europa tras la encíclica *Rerum Novarum*, estableciendo una perspectiva materializada de los espacios en función a los datos arrojados por la geografía, la economía y la antropología⁴. Se promovió una evangelización delimitada por los espacios que ocuparon los otros, entendidos como las clases subalternas de los proyectos republicanos, concebidos según los dominios nacionales, regionales o locales como indígenas, inmigrantes, anarquistas, mujeres, entre otros⁵. Se concibió el proyecto global de modernidad republicana reclamando los principios de universalidad, racionalidad y moralidad que dependieron de la subordinación, la exclusión o destrucción de formas alternativas de sociabilidad, racionalidad y valores⁶. Desde este supuesto, la labor de la Iglesia fue funcional a la construcción de una categoría de ciudadanos educados, culturalmente asimilados dentro de las sociedades nacionales, siguiendo la ruta del desarrollo económico⁷, imaginando un mundo esperando a ser transformado por la civilización y el fervor espiritual⁸.

Proponemos en el siguiente artículo analizar el modo en que se construyen las categorías de desigualdad basadas en el género y la raza, por medio del discurso público simbólico de la iglesia regional tarapaqueña, específicamente el discurso esgrimido por los clérigos de las parroquias tarapaqueñas de Huará, Negreiros y Dolores con respecto a la participación de la población femenina en la formación de la moral, y su diálogo epistolar con las autoridades del Vicariato Apostólico entre 1893 y 1910, analizando con ello el principio de la acción católica en la zona

1. la Iglesia chilena: perspectivas del fin de siglo

¹ Esta trabajo forma parte del proyecto Fondecyt N° 1100060, “Agentes fiscales, poblaciones indígenas y sociedad regional: articulaciones y conflictos durante el proceso de chilenización (Arica-Tacna y Tarapacá, 1880-1930).

² Investigadora del Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile. Email: cfigueroa@unap.cl; carocerna@yahoo.com

³ Carmen Mc Evoy 2000; Victor Peralta y Marta Iruozqui. 2003. Agregar más bibliografía.

⁴ Carolina Figueroa 2010a, 2011; Vanni Blegnino, 2005.

⁵ Antonio Gramsci, 1999; Rabahit Guha, 2002; Gayatari Spivak, 1988; María Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky, 2005; Mercedes García, 2010; Gabo Ferro, 2009.

⁶ Jonathan Hill, 2002.

⁷ Claudio Lomnitz, 2009.

⁸ Ejemplo de esta política de ocupación cultural se puede observar en el proceso de colonización inglesa de la isla de Tasmania a principios del siglo XIX estudiado por David Day, 2006.

El estudio de la Iglesia chilena durante el período comprendido desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, ha centrado su debate entorno al arribo de las ideas sociales, a partir de la promulgación vaticana de la encíclica *Rerum Novarum* por el papa León XIII en 1891⁹. Con un mayor trabajo de análisis, utilizando registros documentales ubicados en Santiago, se ha delimitado como estas nuevas nociones remecieron significativamente a un conjunto de la sociedad nacional chilena, quienes siguiendo la influencia francesa, fueron calificados como católicos sociales, levantado diversas propuestas para responder a la emergente problemática de la Cuestión Social¹⁰.

Este grupo habría tenido una actividad inicial en el Vicariato Apostólico de Tarapacá, solo a partir de 1907 con la acción pastoral de Martín Rücker¹¹, y con mayor presencia tras el ejercicio del obispo de Millas y Vicario Apostólico de Tarapacá José María Caro (1911-1925), quien con su acción pastoral habría sentado las bases del desarrollo de un catolicismo más social¹², acompañado la acción de activos clérigos como el sacerdote Daniel Merino¹³. Esta transformación se debió al desarrollo de una insistente prensa católica, con los semanarios de “El Diario”, “La Luz” y “Las Cuestiones Sociales”, que divulgaron el aporte de la Iglesia frente a la crisis del rentismo salitrero, promoviendo un desarrollo regional más armónico¹⁴. Esta misma figura eclesiástica, realizó frecuentes visitas pastorales a las dispersas capillas de la Provincia, llegando con sus prédicas hasta el altiplano, espacio ignorado por las autoridades fiscales chilenas funcionales al modelo de ocupación salitrero¹⁵.

Otros trabajos, han centrado sus aportes en el análisis de la relación entre los agentes pastorales regionales y las comunidades andinas, planteando que la Iglesia habría sido un poderoso agente de chilenización, aislando¹⁶ y condenando a la población catalogada como indígena, asentada en el interior de la provincia de Tarapacá, o mirando la religiosidad popular andina con desconfianza y recelo¹⁷.

Solo en recientes estudios (Figueroa, 2009, 2010a; Silva, 2009, 2010) se ha abordado, con los documentos resguardado en el obispado de Iquique, la visión de los párrocos peruanos y chilenos residentes -entre 1879 y 1930- en el Vicariato Apostólico de Tarapacá. Continuando esta línea de análisis, el presente trabajo se propone reconstituir la imagen que el personal eclesiástico tarapaqueño configuró y transmitió sobre la mujer en ese territorio, presentando el discurso esgrimido por los clérigos de las parroquias tarapaqueñas de Huara, Negreiros y Dolores con respecto a la participación de la población femenina en la formación de la moral.

Destacamos el diálogo epistolar con las autoridades del Vicariato Apostólico, que desde 1893 insistían en la necesidad de advertir a las féminas contra las nuevas doctrinas políticas, precaución que se observa desde 1891, en los discursos de Mariano Casanova,

⁹ Walter Hanish, 1992; Silva, 1965; María Huerta, 1991.

¹⁰ Patricio Valdivieso, 2006.

¹¹ Martín Rücker Sotomayor fue Vicario Apostólico de Tarapacá entre 1907 y 1910. Marco Antonio León, 1988; Pablo García, 2001.

¹² Luis Castro, 2002, 2006; Benjamín Silva, 2010.

¹³ Michael, 1989.

¹⁴ Luis Castro, 2005.

¹⁵ Carolina Figueroa y Benjamín Silva, 2008; Carolina Figueroa, 2010a, 2010b.

¹⁶ Juan Van Kessel, 1992.

¹⁷ Patricio Tudela, 1992; González, 2005.

Arzobispo de Santiago, quien alababa la postura del Vaticano con respecto a la realidad social, comunicando al mundo sobre el peligro del avance del socialismo¹⁸.

2. Convirtiendo a las bestias de la pampa: visitas clericales a oficinas salitreras (1893-1906)

La mujer fue un tema central de preocupación para el Vicariato Apostólico de Tarapacá. La conversión de los feligreses se veía como una tarea ejercida desde la niñez por aquella que estaba más cercana a la infancia, por lo tanto su participación en cofradías religiosas, como la de Santa Filomena o el Sagrado Corazón, o en la atención de las paupérrimas capillas e iglesias dispersas por la pampa salitrera fue un real anhelo de todo buen cura.

La participación femenina en la lectura del rosario, las procesiones, comuniones y bautismos se torno en un eje trascendental para medir el avance de la Iglesia en los poblados tarapaqueños, entendidos como aquellos ubicados tanto en la franja salitrera como en el interior.

Desde 1893, el Obispo de Antedone y Vicario Apostólico de Tarapacá Guillermo Juan Carter planteó, como necesidad principal de la iglesia regional, el rescate de las almas, específicamente de los obreros, que pululaban en este territorio. En pos de este objetivo encargo a los clérigos que enviaran informes sobre las características morales de la población con el fin de reconocer los problemas para luego instaurar las soluciones, que tendrán como corolario la creación de sociedades religiosas dirigidas al segmento femenino, como baluarte de todo sentimiento piadoso.

Se esperaba que la asistencia a las reuniones de estas organizaciones controlara el comportamiento de las mujeres, codificando los modales con referencia constante al cuerpo y a los movimientos corporales. La mujer de origen obrero podía pasar como miembro honorable de la sociedad si aprendía a hablar y comportarse correctamente, argumento observado para el caso europeo en la obra *Pygmalion* de Shaw¹⁹. La iglesia se incorporó al proceso de conformación de una cultura civil que produjo su propia etiquetación o identificación de objetos, con énfasis en nombrar y representar el cuerpo como eje central del orden social público y doméstico²⁰. Si bien las reformas liberales restringieron, hasta donde fue posible, la religión al ámbito privado, entregándole a Dios y la Iglesia un sentido estrictamente moral, esto no implicó que la institución no participara de la construcción de los nuevos valores que se esperaban imponer a un grueso de la población.

Ejemplo de esto lo encontramos en las primeras páginas del *Compendio del Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* de Carreño, destinado a las escuelas de ambos sexos y publicado en Valparaíso en 1863, en donde se establecen cuales son los deberes morales del hombre.

¹⁸ Sergio Grez, 1997.

¹⁹ La clásica obra de George Bernard Shaw fue publicada en 1916, y su argumento se basa en el relato de Ovidio.

²⁰ Vinculado a este proceso de homogenización cultural se encuentra la publicación desde mediados del siglo XIX de manuales de etiqueta como el Manuel Antonio Carreño, escrito para incluir a las clases populares en la vida citadina o civilizada. Ver Ángel Quintero, 2006 .

En los deberes con Dios se encuentran refundidos todos los deberes sociales y todas las prescripciones de la moral; así es que el hombre verdaderamente religioso es siempre el modelo de todas las virtudes, el padre más amoroso, el hijo más obediente, el esposo más fiel, el ciudadano más útil a su patria²¹

En relación a lo anterior, la construcción del hombre ideal, recaía de igual forma en el maestro, la familia y el párroco, quien debía cumplir con la misión de mantener el culto divino y conducir las almas por el camino de la felicidad eterna, manteniendo la sociedad en su conjunto el deber de

[...] respetarlos y honrarlos, oyendo siempre con interés y docilidad los consejos con que nos favorezcan, cuando en nombre de su Divino Maestro y en desempeño de su augusto ministerio, nos dirijan su voz de caridad y consuelo. El respeto a los sacerdotes es una manifestación de nuestro respeto a Dios mismo, y un signo inequívoco de una buena educación moral y religiosa.²²

De esta forma, la urbanidad pasó a definirse como el conjunto de reglas observadas para representar “dignidad, decoro y elegancia” convirtiéndose en la emanación de los deberes morales revelando la “suavidad de las costumbres y la cultura del entendimiento”²³. El uso de la etiqueta haría posible abandonar la sensibilidad bárbara para asumir la civilizada, permitiendo el surgimiento de un hombre nuevo que disciplinaría su deseo sacralizando su acción en el hábito²⁴.

La proliferación del gusto, como la abstracción de atributos refinados asociados a la noción de reglas y de modales, fue pregonada de igual forma a través de las imágenes idealizadas de las buenas mujeres, quienes representarían

[...] todo lo que hay de más bello e interesante en la naturaleza humana; y esencialmente dispuesta a la virtud, por su conformación física y moral, y por la vida apasible que lleva. En su corazón encuentran digna morada las más eminentes cualidades sociales.²⁵

Esta será la noción que prevalecerá en el discurso de la iglesia sobre las féminas, resaltando que tanto sus acciones como palabras debían ajustarse constantemente a la extrema delicadeza, convirtiéndose en un peligro moral aquella que observara una conducta inmodesta y descomedida. Estas representaciones se pueden desprender en primera instancia de las cartas públicas de los diversos párrocos, y en un segundo momento del análisis de los periódicos católicos.

En relación al primer punto, uno de los primeros registros que encontramos sobre la tarea propuesta desde la Iglesia Iquiqueña proviene de las cartas enviadas en 1895 por el misionero jesuita belga Bartolomé Mas, quien tras visitar del cantón de Negreiros, describió con horror la realidad de la pampa.

Sr. Obispo

Hemos dado misión en Negreiros de cinco días sin contar el día de entrada y el de salida. Parece que Negreiros es de lo peor de la pampa según malas lenguas. Es un dato expresivo de ello, el contar el pueblo entre seiscientos y más almas, que lo componen solo cuatro matrimonios. Viene a ser en su

²¹ Manuel Antonio Carreño, 1863, p. 8.

²² Manuel Antonio Carreño, 1863, p. 10.

²³ Manuel Antonio Carreño, 1863, p. 33.

²⁴ Tomás Straka, 2009; Beatriz González 1998.

²⁵ Manuel Antonio Carreño, 1863, p. 37.

conjunto una sentina de pecados alimentada por las gentes de las oficinas en contorno, que allí concurren para remoler.

Instalamos la capilla en la escuela; nuestro empeño fue puesto en los niños y niñas, porque de la gente mayor, decía el Sr. Cura, a lo mas se confesarán unos doce.²⁶

La misión del vicariato apostólico se planteó entonces en torno a la construcción de capillas, que proveyeran a los pobres de espíritu el descanso de sus almas. Para implementar este objetivo se requería de la participación y presencia explícita de la mujer, que a través del ejemplo de su devoción lograría convertir, primero al entorno familiar y luego al pueblo. Una vez instaladas las capillas las escuelas parroquiales serían las encargadas de reforzar, junto a los sentimientos patrios, los legítimos deberes de un buen cristiano.

Pero, ¿qué esperanza se podía sostener en un vecindario sellado por reivindicaciones políticas, que nada tenían que ver con las necesidades del espíritu?. Las epístolas se encuentran marcadas por la urgencia de implementar la vigilancia continua del cura sobre la moral viciada de las almas de los pueblos de Huara, y Negreiros; y las oficinas salitreras de La Unión, La Patria, Agua Santa, San Jorge, Constancia, Ramírez, Santa Catalina, Dolores y Caleta Buena, lupanares olvidados por el Estado y sus representantes, sosteniendo el misionero que “si algunos diputados tomasen a pecho hablar de esta desamparo y abogasen por esta provincia, que bien podrían hacer”²⁷

La solución sería la visita constante de misioneros que, con apoyo del Gobierno, convencieran en primera instancia a las féminas de costumbres pías y probas, que en su mayoría eran de nacionalidad peruana y boliviana, para luego persuadir al resto del vecindario. Destacamos la recurrente mención al abandono moral en que se encontraban la población chilena, reflejada en su renuencia a contraer matrimonio y bautizar a sus hijos.

En relación a esta realidad, Sergio González señala que las condiciones estructurales de los campamentos y pueblos salitreros hacían imposible la consolidación de relaciones marcados por la precariedad de la vida cotidiana. “No podían encariñarse con las cosas”, debían primero establecerse como trabajadores antes de pensar en formalizar vínculos, generando espacios de sociabilidad restringidos por los límites de la oficina²⁸.

En este escenario social, remarcaba Justo Urrutia, párroco visitador de Oficinas que

¡Ojalá que misioneros tan cumplidos como el R.P. Mas visitaran estas oficinas todos los años!. Si así se hiciera, antes de mucho tiempo, la batalla estaría ganada y estas fieras de la pampa completamente domesticadas.

Todo este entusiasmo nace de la convicción que tengo de que esta gente no es tan mala como parece. Son malos porque han estado abandonados. Serán buenos cuando se les enseñe a serlo.²⁹

Cabe destacar, que en la mayoría de los registros epistolares revisados para componer este trabajo, se repite la construcción del estereotipo del obrero pampino de nacionalidad chilena, identificado como el más férreo enemigo de la intervención de la iglesia en las oficinas salitreras, producto de su fuerte politización. En oposición al trabajador boliviano o peruano, que sin ser en esencia un buen cristiano, en el sentido ideal añorado por los

²⁶ Obispado de Iquique, *Correspondencia de diversas oficinas*, I. 1, Of. La Unión 26/08/1895.

²⁷ Idem. I. 2.

²⁸ Sergio González, 2006, p. 195.

²⁹ Obispado de Iquique, *Correspondencia de diversas oficinas*, I. 6, Of. Ramírez 09/10/1895.

misioneros y párrocos que cruzaron la pampa, poseían un carácter dócil y hasta servil que hacía más fácil su adoctrinamiento.

La mujer también surgió en la segunda avanzada de la iglesia, la defensa de las almas de los niños. La constitución de la cofradía de Santa Filomena tuvo como vital función “atender de preferencia y con mucha solicitud la educación cristiana de la infancia e infundir el espíritu cristiano en la clase obrera”³⁰. Convocando a las mujeres, protectoras de la inocencia, a luchar contra los principios laicos inculcados en las escuelas primarias fiscales donde

La impiedad dirige todas sus baterías a combatir la enseñanza del catecismo en las escuelas porque conoce que ese es el mejor medio para descatozizar a los pueblos. Esa es la obra de Satanás, de quien son legítimos ministros, todos los impíos e incrédulos que nos combaten.³¹

No hay que olvidar entonces, que la lucha por las voluntades de los obreros, y específicamente de las mujeres y niños de la pampa se encontró sesgada por la problemática nacional de la separación de la Iglesia y del Estado³², razón por la cual los relatos sobre la moral chilena, infundida en las aulas escolares fiscales con el reconocimiento de los símbolos patrios, no siempre se acercaron a las realidades que se encontraban en las celebraciones de los oficios de las instituciones piadosas, en la que las señoras participaban de la misión catequística.

Bajo la mirada de la iglesia regional, la pampa surge signada por el malestar económico, el aburrimiento general provocado por los vicios de la carne y el amancebamiento, el estado destemplado de las almas y el consiguiente abuso del alcohol, la procesión se convirtió en la representación pública de la piedad y en el espacio donde se reconocía la labor educativa de la Iglesia, a través de cantos de alabanza promovidos a partir de la contemplación de la vida cotidiana del pueblo u oficina.

Un ejemplo de esto se observa en la procesión organizada en Negreiros el 12 de enero de 1897, donde ochocientas personas recorrieron sus polvorientas calles junto al estandarte de Santa Filomena cantando todos a voz en cuello “con el tono triste propio de los indios de Bolivia y del Perú”³³, pasando por tiendas de comerciantes de mala fe y lupanares de mujeres perdidas, el siguiente himno dirigido a la salvación de las almas de estas últimas

¡Dulce Jesús mío
Mirad con piedad
Las almas perdidas
Por culpa ¡hay mortal!
Si la Magdalena
Sus culpas lloró
Yo lloro las mias
A tus pies Señor!³⁴

³⁰ Obispado de Iquique, *Correspondencia enviada por Carter al cura de Tarapacá (1895-1899)*, I. 40, Iquique 03/12/1896.

³¹ *Ibid.* I. 42.

³² Sol Serrano 2001, 2008, 2009; Ricardo Krebs 1981, 2002; Ana María Stiven 2000; Patricio Valdivieso 2006.

³³ Obispado de Iquique, *Correspondencia del padre Justo Urrutia*, I. 1, Negreiros 12/01/1897.

³⁴ *Ibid.* I. 3.

Una vez que concluye la descripción de la procesión, que el párroco de Negreiros Justo Urrutia relata al Vicario Apostólico de Iquique, nuevamente subraya su convicción de que a esta pobre gente solo le falta abandonar sus vicios para ser buena, estableciendo que dentro de estos se encontraba la tendencia mortal de sus mujeres, especialmente de las chilenas, de involucrarse en contiendas politiqueras con una pasión que destinada a la religión obraría milagros.

En las cartas abundan componentes que van caracterizando a la mujer obrera que habitaba la pampa, que no es la misma dama asociada a personajes notables de la provincia, como la Sra. Adela Devescovi, descrita como dueña de una piedad a toda prueba levantando con su sola diligencia la capilla del pueblo de Negreiros. El resto de las féminas estaban muy lejos de ser piadosas, como se indica en el siguiente párrafo, en que se relata la conducta de una mujer común en Negreiros, marcando la pauta de comportamiento de las mujeres perdidas que habían recorrido todos los tramos de la escala de la infamia.

Esta mujer vive públicamente amancebada con el hermano del padre de sus hijos, que ya murió. Armada con dos revólveres le ha disparado balazos a su mancebo³⁵

En Huara ninguna escuchaba misa, ni practicaban actos de piedad, ocupadas en chinganas y en preocupaciones propias de los hombres, las únicas que mostraban signos de devoción se encontraban “entre los pobres trabajadores bolivianos”³⁶.

Es así como se van cimentando los estereotipos de los sujetos que pululaban por ese variopinto territorio, donde eran fértiles las condiciones en que se desarrollaban “las tendencias anárquicas” de los elementos trabajadores, reconociendo algunos párrocos como Benjamín Flores que estos movimientos se justificaban “por el egoísmo de los oficineros con sus fichas y sus pulperías”³⁷.

Frente a este lúgubre escenario, cabe enfatizar la creación en el año de 1903 de la cofradía del Rosario en los pueblos de Iquique, Pisagua, Negreiros, Caleta Buena, Pica y Pozo Almonte, donde las mujeres de los funcionarios públicos, administradores y familias de comerciantes se plegaron en cuerpo y alma a la celebración de las fiestas y la manutención de las capillas.

Además se debe destacar el acercamiento de los funcionarios clericales al contenido social, que van tomando las peticiones obreras, comenzando a calar en el discurso de la Iglesia Tarapaqueña desde el año de 1903 con la problemática del descanso dominical, asumiendo una postura reivindicativa que tiene como telón de fondo la incorporación de la mujer obrera a una iglesia con un carisma más cercano.

Haciendo eco de esta nueva postura, el 25 de Septiembre de 1903 el Vicario Apostólico de Iquique, Guillermo Juan Carter, señaló que

La ley natural, la ley divina, la ley eclesiástica imponen como una necesidad la suspensión del trabajo en ciertos días [...] El cristiano tiene necesidad de dedicar a Dios el homenaje de su amor cumpliendo sus deberes religiosos en ciertos días que la Iglesia señala como festivos, suspendiendo el trabajo servil.³⁸

³⁵ Ibid. I. 5

³⁶ Obispado de Iquique, *Correspondencia del padre Justo Urrutia*, I. 42, Negreiros, 30/12/1900

³⁷ Obispado de Iquique, *Correspondencia enviada a G. J. Carter 1895-1906*, I. 28-29, Santiago, 18/06/1903.

³⁸ Obispado de Iquique, *Correspondencia de la Parroquia de Negreiros (1902-1907)*, I. 27, Iquique, 25/09/1903.

Con este compromiso con los intereses del obrero, la Iglesia Tarapaqueña esperaba atraer al trabajador como al tierno niño al cuidado del pastor, que junto a la mujer tenía la misión de impedir “el mal hoy reinante en la familia” y por consiguiente en la sociedad, concentrándose en la ridiculización del vicio revelando los grandes males que este ocasionaba al pueblo. La cuestión social se fue transformado entonces en una problemática recurrente en la acción clerical, develando las contradicciones entre el capital y el trabajo, problemática que acompañara el ejercicio del Vicario Apostólico Martín Rucker desde 1907.

3. Martín Rucker y la promoción de los sentimientos Píos (1907-1910)

El 26 de febrero de 1907, Benjamín Flores, párroco del cantón de Negreiros, envió al Vicario Apostólico de Tarapacá, en ese entonces Martín Rucker una circular en la que sugería cuatro puntos básicos en la tarea de la instauración de sentimientos píos en la población obrera de los curatos salitreros. Estos eran, 1° fundar instituciones piadosas; 2° rehacer las escuelas parroquiales; 3° establecer una sociedad de obreros, que sea sucursal de la de Iquique y 4° promover el matrimonio³⁹.

De los puntos señalados, el primero y el último dependían de la acción femenina, especialmente del interés que debía promover la mujer en que su prole naciera bajo el signo del sacramento. Estas medidas irían de la mano del fomento de “La acción social católica” promovida desde Roma por Pío XX, única arma que lograría acercar al redil del pastor aquellas almas perdidas en los vicios y la desesperanza. La enseñanza de la doctrina social de la iglesia sería la forma de aproximar a la mujer, a través no de la exposición de sus falencias, sino de la comprensión de sus virtudes, entendidas como el esfuerzo que la mantenía atada a un territorio inclemente.

Este discurso era contradictorio con las manifestaciones del otro cura que atendía las oficinas del cantón de Negreiros, Justo Urrutia. Si bien este reconocía la necesidad de incrementar la labor social de la Iglesia a través de la promoción de cofradías, veía en el carácter mismo del obrero el germen de la maldad. Tras años de convivencia con el desierto y sus habitantes ya no estaba tan seguro de sus primeras apreciaciones sobre las características del espíritu de los pampinos. Es más, solicitaba a Martín Rucker que

Se aconsejara a todos los curas y clérigos que cuando vean llegar alguna persona, o familia medianamente piadosa, le suplique, por lo que mas quieran que se vuelvan cuanto antes a su tierra, si no quieren ver en poco tiempo perdida su fé y depravadas sus costumbres⁴⁰

El diagnóstico enviado por los clérigos de Negreiros al Vicariato, daba cuenta de posiciones múltiples respecto al proceso de adoctrinamiento católico, considerando a la mujer como el punto neurálgico de cualquier empresa moralizante. Considerando estos informes, Martín Rucker decidió promover la aparición de una hojita periódica que sirviera como paliativo al incremento de las ideas revolucionarias, tan abundantes en estos parajes.

Dicha hoja sería escrita con amenidad, y en ella se tratarían aquellas cuestiones que pudieran ser de alto interés para el obrero; desentendiéndose en absoluto de toda polémica odiosa y de toda cuestión

³⁹ Obispado de Iquique, *Correspondencia del padre Benjamín Flores*, I. 111, Negreiros, 26/02/1907.

⁴⁰ AOI, *Carta de Justo Urrutia sobre la cofradía del Santísimo Rosario*, Oficina Constancia (Parroquia de Negreiros 1901-1908), I. 26, 22/01/1907.

política: sería lisa y llanamente un periódico moral y religioso [...] ella sería un antídoto contra las lecturas envenenadas que con tanta profusión corren en el Vicariato, y que son el pasto cotidiano con el cual de nutre el alma del pueblo⁴¹

Esta publicación no fue recibida de buena gana por todos los párrocos de la pampa, quienes señalaban en pleno año de 1907 que mientras no se consiguiera asentar un párroco por cada oficina, no se podrían salvar las buenas almas, ya que estas solo eran conocidas por Dios. Obra por lo demás compleja, ya que según declaraciones de los administradores de oficinas como Santa Clara, Paposo, Cholita y Keryma, los pampinos eran anticlericales, por lo tanto la presencia de un misionero o padre alteraría las pasiones de esta gente⁴², descrita de la siguiente forma

Los que trabajan en las oficinas, osea las once duodécimas parte de la población total, forman el elemento flotante de ellas, viven en condiciones muy poco mejores que si fuesen acorralados, en campamentos que se pueden comparar a cuarteles, sin la disciplina militar en una promiscuidad que es el mas grande obstáculo a una vida arreglada [...] en piezas separadas una de otra por una simple calamina, sin patios, [...] viven sin verdadero hogar, sin tranquilidad de espíritu, en circunstancias favorables tan solo al desarrollo de las consecuencias fatales de una educación o formación que de ninguna manera, ha sido, ni podido ser dirigida a prepararles para la vida que les impone el trabajo, cuyos esclavos son, y por lo mismo viven siempre descontentos, siempre en movimiento, vagando de oficina en oficina, de cantón en cantón gastando en viajes sus ahorros y la mayor parte del tiempo [...] son los peores elementos de las tres naciones chilena, peruana y boliviana que quitan sus hogares, y emprenden esa aventura de vivir en la pampa [...] es la reunión de los hijos del mal, que por la reunión se vuelven peores [...] con ellos no se puede contar para formar sociedades piadosas⁴³

Este es el ambiente propicio para la proliferación de la prostitución clandestina y pública, cafes chino, lupanares y casa de comercio que favorecerían la multiplicación de las “cosas malas”, que según este relato es culpa de la moral del trabajador creada en condiciones económicas reproducidas por sus empleadores, en las que convive el desarraigo, con la precariedad y la explotación.

Los pueblos y las oficinas salitreras serían vistos por la Iglesia como

Sodoma y Gomorra. No hay niños, niñas, todo maleado, corrompido hasta la médula, las autoridades dando mal ejemplo de indiferencia religiosa cuando no de irreligiosidad, de familia irregular, muy a menudo, no raras veces de grosera inmoralidad, la policía, un foco de escándalo y desmoralización. Sucursal de los burdeles⁴⁴

En este escenario, la única luz de esperanza se centró en la mujer, en el acercamiento de la iglesia a la fémina rescatándola del infierno de la inmoralidad, despertando su conciencia, enfrentándola con el deber del ejemplo cristiano y volcando su interés a la santidad del sacramento del matrimonio.

No será lo mismo en el caso del obrero, sujeto en que centrará el Vicariato Apostólico una nueva forma de vinculación, atendiendo a la gravedad excepcional en que se encontraba la región, perturbada por el malestar social que alcanzó ribetes alarmantes con la mataza de

⁴¹ AOI, *Comunicación del Vicariato Apostólico a Negreiros*, Correspondencia Parroquia de Negreiros (1902-1907), Carpeta 1907, I.11, 22/02/1907.

⁴² AOI, *Comunicación de los Administradores de oficinas*, Correspondencia Alfonso Jupin, I. 56, Pozo Almonte 01/10/1907.

⁴³ AOI, *Relación de los obreros de la pampa*, Correspondencia Alfonso Jupin, I. 175, Pozo Almonte 26/02/1907.

⁴⁴ Ibid.

Santa María el 21 de Diciembre de 1907. Tras estos sucesos, se agregará a la lista de prioridades exigidas a los párrocos el identificar el furor revolucionario, o aquellos pensamientos rojillos, y extirparlos del vocabulario de la infancia. En relación a esto, Martín Rucker señala que

En este Vicariato la cuestión social siempre es de actualidad, pues la misma naturaleza de los trabajos que en él se llevarán a cabo hace registro que exista de un modo violento, ya de un latente, los complicados problemas que sin cesar entran la lucha entre el capital y el trabajo. La solución del problema social solo podrá darla la doctrina de la Iglesia puesta en ejercicio, son los sacerdotes los llamados a hacer llegar al corazón de los fieles dicha doctrina. El trabajo apostólico, en que invariable en el fondo ha de cambiar en la forma según las necesidades que vayan haciéndose sentir.⁴⁵

Tras esto se lanza una campaña mucho más ofensiva, solicitando a los curas la búsqueda de los feligreses no solo con la oración y la espera en los templos, sino presentando en la práctica las ventajas tangibles que ofrecía la Iglesia al orden público y privado, promoviendo el conocimiento en torno al proyecto de legislación obrera presentado por el Estado. Dicha propuesta tendería paulatinamente a evitar los conflictos entre patrones y trabajadores, solucionando las dificultades sociales y morales de la provincia en interés del progreso del país, mas aún considerando que era este territorio el que más ingresos otorgaba al erario público, constituyendo sus males en una carga nacional.

Junto a esta legislación, la religión sería la segunda arma, “porque la religión penetrara en las masas trabajadoras, a fin de regenerarlas”⁴⁶, pero solo si se consiguiera aumentar el número de sacerdotes que atendían a una población de más de cien mil personas. Con la escasez de funcionarios clericales, una veintena en 1908, la única alternativa era reforzar la labor de las misiones, fundando incluso algunas casas de misioneros en los pueblos pampinos. Ejemplo de esta directriz fue la llegada de los reverendos padres redentoristas al pueblo de Huara, punto estratégico al ser el más central de la pampa con una densa población, que contaría con seis sacerdotes y tres legos.

Es, en verdad, una bendición de Dios para el Vicariato de Tarapacá, contar ya con una de misioneros enclavada en medio de la Pampa, desde donde podrán atender las oficinas salitreras, las parroquias entendidas a lo largo de la línea férrea y los pueblos del interior.⁴⁷

Estos funcionarios clericales traerían la influencia moralizadora a la masa de obreros, curando el mal de raíz logrando regenerar las costumbres de la población a través de su devoción y entrega, instaurando los valores píos del buen cristiano, superando las inclemencias de un espacio en “donde la sequedad de la naturaleza parece que fuera un fiel reflejo de la sequedad y apatía de las almas.”⁴⁸

Bibliografía

⁴⁵ AOI, *Sobre Negreiros N° 6*, I. 35, Iquique, 06/07/1908.

⁴⁶ AOI, *Sobre Negreiros N° 6*, I. 42, Iquique, 22/07/1908.

⁴⁷ AOI, *Sobre Negreiros N° 6*, I. 44-45, Iquique, 22/07/1908

⁴⁸ AOI, *Sobre Negreiros N° 6*, I. 56, Iquique, 28/11/1908

Manuel Antonio Carreño: *Compendio del Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, Imprenta y Librería del Mercurio de Santos Tornero, Valparaíso, 1863.

Carolina Figueroa y Benjamín Silva: “Entre el caos y el olvido: la acción docente en la Provincia de Tarapacá-Chile (1880-1930)”, *Cuadernos Interculturales*, Vol. 4, N° 6, Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio – Universidad de Valparaíso, Viña del Mar, 2006, pp. 37-53.

Carolina Figueroa y Benjamín Silva: *Documentos para a historia regional. Luis Friedrich y su acción clerical, rearticulando la memoria e identidad del pueblo de San Andrés de Pica (1898-1925)*, Obispado de Iquique, Imprenta Libra, Valparaíso, 2010.

Carolina Figueroa: “Las contradicciones del culto en la parroquia de Tarapacá (1880-1907)”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Volumen 13, N° 2, USACH, Santiago, 2009, pp. 147-168.

Carolina Figueroa: “La genética como discurso político: la escuela primaria rural y la transformación del indígena (Tarapacá 1880-1920)”, *Naveg@merica. Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas [en línea]*, N° 4, 2010.

Carolina Figueroa: “Cartografiando el progreso: espacios de civilización y barbarie en la provincia de Tarapacá, Norte de Chile (18125-1884)”, *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XV, Universidad de Barcelona, 2011.

Pablo García: “Pensamiento y desarrollo de la cuestión social en la iglesia de Iquique, años 1900 a 1933”. *Tarapacá, Revista de Historia Regional*, N° 1, pp. 9-24, Gobierno Regional de Tarapacá, Iquique, Chile, 2001

Sergio González: *Hombres y Mujeres de la Pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, Ediciones Lom-Dibam-Unap, Santiago, Chile, 2002.

Sergio González: “El mundo de las casas de lata. La vida en la pampa salitrera”, en Rafael Sagrado y Cristian Gazmuri (Comp.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno de 1840 a 1925*, Tomo II, pp. 187-214, Ediciones Taurus, Santiago, Chile, 2006.

Sergio Grez: *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Ediciones DIBAM, Santiago, Chile, 1997.

Walter Hanish: “La encíclica Rerum Novarum, y cuarenta años de su influencia en Chile 1890-1932”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, N° 9. Santiago, 1992.

María Huerta: *Catolicismo Social en Chile: pensamiento y praxis de movimientos apostólicos*, Ediciones Paulinas, Santiago, Chile, 1991.

Marta Irurozqui y Víctor Peralta: “Elite y sociedad en la América Andina: de la república de ciudadanos a la república de gente decente 1825-1880”, en *Historia de América Andina Vol. 5*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2003, pp. 93-140.

Ricardo Krebs: *La Iglesia de América Latina en el siglo XIX*, Ediciones Universidad Católica de Santiago de Chile, Santiago, 2002.

Ricardo Krebs et al.: *Catolicismo y laicismo: las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile 1875-1885*, Nueva Universidad, Santiago, Chile, 1981.

Marco Antonio León: “Martín Rucker Sotomayor y el Vicariato Apostólico de Tarapacá (1906-1919)”. *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, N° 16, pp. 104-127, Seminario Pontificio Mayor, Arzobispado de Santiago, Santiago, Chile, 1988.

Ángel Quintero Rivera: “Los modales y el cuerpo. Clase, “raza” y género en la etiqueta del baile”, en Waldo Ansaldi (Coordinador), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*, Editorial Airel, Buenos Aires, 2006, pp. 395-423.

Sol Serrano: *Qué hacer con Dios en la República: política y secularización en Chile (1845-1885)*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2008.

Sol Serrano: “El ocaso de la clausura: mujeres, religión y estado nacional el caso chileno”, *Revista Historia* N° 42, Volumen 2, Universidad Católica de Santiago de Chile, Santiago, Chile, 2009.

Sol Serrano: *Virgenes viajeras: diarios de religiosas francesas en su ruta en Chile 1837-1874*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 2001.

Ana María Stiven: *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, Chile, 2000.

Patricio Valdivieso. *Dignidad Humana y Justicia: la historia de Chile, la política social y el cristianismo (1880-1920)*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, Chile, 2006.